

Gemma Lienas

Billete de ida y vuelta



Billete de ida y vuelta

GEMMA LIENAS

Traducción de Javier López Facal

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2014
destinojoven@edestino.es
www.destinojoven.com
Editado por Editorial Planeta S. A.

© Gemma Lienas, 1999

Título original: *Bitllet d'anada i tornada*
© de la traducción, Javier López Facal, 1999
© Grup Editorial 62, S.L.U., Editorial Empúries, 2014

© Editorial Planeta S. A., 2014
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: abril de 2014
ISBN: 978-84-08-12425-2
Depósito legal: B. 4.167-2014
Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Impreso en España – Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

CAPÍTULO 1

Casete 5. Cara B. Sesión individual.

Terapeuta: Juan M. Paciente: Marta P.

T. —¿Recuerdas cuál es el trato, Marta?

T. —Marta, por favor, mírame... Ya sé que esta situación no te resulta nada agradable, pero para mí tampoco lo es. Contéstame. ¿Te acuerdas del trato?

P. —Sí.

T. —¿Me lo quieres repetir, por favor?

P. —Pues que si llegaba a pesar menos de cuarenta kilos, tendría que ingresar.

T. —¿Y sabes cuánto pesas esta semana?

¿Cómo lo habría podido saber Marta? ¿Qué se creía Juan?

¿Que ella era el oráculo de Delfos? La Vilagut, la de literatura, les explicaba con frecuencia mitología clásica: «No se puede entender la literatura si no se sabe nada de

mitología», decía. Y les había contado que en Delfos, en la antigua Grecia, el dios Apolo había matado a la serpiente Pitón para apoderarse del santuario que guardaba a la bestia. A partir de aquel momento, la pitia, una doncella, era la encargada de hacer las profecías en nombre del dios. La obligaban a ayunar durante tres días (esto para Marta no habría sido ningún inconveniente; le era fácil), la bañaban en las aguas inspiradoras de la fuente Castalia (Marta no sabía si el agua de su casa era muy inspiradora pero, en cualquier caso, por falta de agua no iba a ser porque, con la manía de los microbios a punto de atacarla por cualquier flanco, se pasaba horas bajo la ducha). Después la sentaban encima de un trípode sagrado, delante de una grieta de la roca por donde salían emanaciones gaseosas, y la pitia soltaba palabras mal articuladas que eran interpretadas por los sacerdotes... y ya tenían la respuesta que necesitaban. Marta se veía en la cocina de su casa en un taburete de tres patas, delante de los vapores de la olla exprés...

Pero seguro que entonces habrían entrado los gemelos y habrían soltado alguna de sus burradas:

—Mamáaaa, ¡Marta se ha vuelto loca! —habría podido decir, por ejemplo, Roberto.

—Más loca, querrás decir —habría remachado Alberto. Porque Roberto y Alberto eran como Hernández y Fernández de Tintín: hablaban los dos al mismo tiempo para decir lo mismo, o el uno completaba la frase que había dicho el otro. ¡Muy graciosos!

Como hicieron aquella tarde cuando llegaron Marta y sus padres, después de haber tenido la primera sesión con Juan. Y la madre, muy decidida (de hecho, como siempre, porque nunca hacía nada con vacilación), entró en el baño,

seguida de Marta y de los gemelos, cogió la báscula (la llevaba como si fuese un perro rabioso), que estaba en el suelo entre el bidet y la bañera, salió del baño seguida también por sus hijos (Marta huraña, Roberto y Alberto con ojos como platos), entró en el dormitorio de matrimonio, se subió a una silla y escondió la maldita báscula en la parte alta del armario, bien enterrada entre un montón de mantas y maletas.

No dijo nada. Se sacudió las manos como si diese por zanjado algún asunto. Pero los gemelos sí tenían algo que decir:

—¡Jolín! Y ahora ¿qué va a hacer Marta? —uno.

—Pobrecita. Tanto como le gustaba jugar a pesarse —el otro.

—Lo ha dicho el sicólogo y se acabó —soltó la madre. Cuando decía «y se acabó» (y lo decía con frecuencia) todos sabían que más valía no volver a insistir.

Los gemelos parecían compungidos de veras, porque querían a su hermana y se habían dado cuenta de que para ella la báscula era tan importante como para ellos el lego.

Marta continuaba muda y, para sorpresa de los gemelos, ni siquiera les sacó la lengua, que era lo menos que esperaban de ella.

Aquella fue una de las primeras reglas que dictó Juan y que sería aceptada de mala gana por Marta y con alivio por los padres. Ellos creyeron que toda la retahíla de normas equivalía a empezar a salir del túnel en el que se encontraban. Bueno, el tiempo se encargaría de demostrar que estaban equivocados. La prueba era que Marta no sólo no había mejorado, sino que había continuado perdiendo peso y, por lo tanto, el ingreso en el hospital era ya inevitable.

No, no podía contestar a la pregunta de Juan. Intuía la respuesta, pero no le daba la gana abrir la boca. Era él quien había fulminado la báscula.

T. —Sé que no puedes precisar el peso como si fueses una báscula, pero estoy convencido de que serías capaz de acercarte mucho a la cifra real: 39,6.

T. —Marta, ¿me has oído?

¡Claro que lo había oído! ¡Que estuviese anoréxica no quería decir que, además, estuviera sorda! Por suerte, la sordera no se contaba entre las muchísimas alteraciones derivadas de la anorexia. Marta se movió inquieta en la silla y miró a Juan con rencor. Sentía una irritación tan intensa hacia él que lo habría arañado, lo habría insultado o, quizá mejor, le habría hecho caso omiso con mucho gusto.

Juan... Tan bien como se había entendido con él en las sesiones anteriores. Juan, de manos largas y delicadas, de sonrisa tierna y burlona, de cabellos brillantes y ondulados de un negro absoluto, impropio de un hombre tan mayor como él, al que Marta echaba unos cuarenta años. Unos cabellos tan parecidos a los de Ricky...

Marta suspiró y movió violentamente la cabeza para apartar el recuerdo. Era lo que le faltaba ahora.

Realmente ese día se habría podido pelear con Juan... si él se hubiese dejado. Pero no se dejaba: no perdía la calma ni ante sus lloros, ni sus silencios huraños ni sus respuestas airadas. Tenía un carácter a prueba de cabezas de chorlito. O tenía muchas tablas.

Pero y a ella ¿qué demonios le pasaba? ¿Estaba per-

diendo el control? ¿Se estaba machacando de veras? Le parecía que todo se le escapaba de las manos: la comida, la risa, los amigos, los estudios...

De repente, la irritación la abandonó por completo, ¡fiiuuu!, como un globo que se desinflase, y una bocanada de angustia, amarga como la piel de un limón, le subió a la boca.

T. —¡Vaya! Cuanto más tiempo hace que nos conocemos, menos comunicativa estás, Marta. Venga, explícame cómo te sientes.

P. —Mal, muy mal.

T. —¿Estás preocupada porque tienes que ingresar en el hospital?

P. —No, no es eso exactamente, aunque no me divierte nada pensarlo, porque va a ser horrible estar controlada de día y de noche y tener que comer lo que decidáis vosotros, y seguir sin poder hacer deporte, e incluso, con un poco de mala suerte, perder el curso. Todo sola...

Suspiró porque, además, echaría de menos a sus padres y a los gemelos y a *Atila* (a *Candy* menos, claro. Y a Bes, ¡qué suerte perderla de vista!) y a Claudia.

P. —Pero... bueno, no es eso lo que más me preocupa.

T. —Entonces ¿qué es lo que te inquieta? ¿Me lo puedes explicar? Quizá te tranquilices si lo haces...

¿Cómo podía vomitar Marta aquel malestar que tenía en el pecho? ¿Metiendo dos dedos en la garganta, como había hecho tantas veces antes para echar la comida? ¡Aggs! Y fuera el plato de macarrones que acababa de tragarse.

—Marta, ¿te encuentras mal? —le habían preguntado los gemelos la noche que la encontraron con la cabeza casi metida en la taza del váter.

Ella, todavía con unos hilitos pringosos que le colgaban de los labios y se perdían en el fondo de la porcelana blanca, se aturulló:

—Vomito las arañas que tengo en la barriga.

Pero ya no tuvo tiempo de frenarlos.

—Mamá, mamá —corrían por el pasillo para informar a la autoridad competente—, Marta debe de tener gusanos en la barriga (habían hecho una interpretación libre de la metáfora de la hermana).

—Está *gamitando*.

Y la pusieron en guardia, naturalmente; sólo le faltaba eso para empezar a no dejarla en paz.

Pero no era tan fácil expulsar las emociones fuera del cuerpo. Ni siquiera las palabras para describirlas. ¿Qué le podía decir? ¿Que tenía miedo? ¿Que estaba cansada? ¿Que no podía respirar de angustia? Se sentía contra las cuerdas. Acorralada (pero ¿por quién?). Por eso no le importaba tener que ingresar en la unidad de psiquiatría. Hasta cierto punto, tenía ganas porque había llegado a una situación en que se debatía como un animal enjaulado: un cercado muy pequeño, y con cuatro zancadas llegaba a los topes. No sabía cómo salir de allí.

¿Le iba a volver a describir la sensación que notaba tan pronto como se despertaba? Una garra que le apretaba el estómago, le comprimía los pulmones hacia arriba y casi le impedía respirar. Era como si todas las mañanas la saludase:

«Eh, guapa, ¿qué te creías, que me había ido?». Marta se veía obligada a inspirar profundamente, hacia dentro,

hacia dentro, para estar segura de que una corriente de aire le entraba en los pulmones. Pero el efecto de la bocanada duraba poco. Al cabo de un rato ya volvía a boquear, medio asfixiada, como si fuese un pez fuera del agua. Otra vez una amplia inspiración. Un cansancio brutal. Terror de acabar ahogándose de verdad.

«No debes tener miedo —le había dicho Juan la primera vez que se lo había contado—, es ansiedad; son las manifestaciones físicas de tu estado emocional. Pero no te matarán, te lo aseguro.»

¡Como si sirviese de algo conocer el nombre de aquella emoción! Los efectos no habían disminuido. Marta continuaba destrozada por la ansiedad. Pues entonces, ¡que la encerrasen! Ella ya no sabía qué hacer.

T. —Marta, ¿estás llorando?

P. —Sí, ¿y qué!?

T. —Y nada. Ea, toma este pañuelo de papel y suénate.

T. —¿Continúas con dolor de cervicales?

P. —Sí.

T. —Sabes que eso es tensión, ¿no?

P. —Mmmm.

T. —¿Has practicado en casa la relajación como te enseñé?

P. —Lo he intentado, pero la verdad es que ha sido un desastre. Cuando estoy contigo es fácil, pero cuando estoy sola, ni siquiera recuerdo lo que tengo que hacer.

T. —Llegar a un estado de relajación profunda y ser capaz de ello sin ayuda exterior requiere mucha práctica. En el hospital tendrás la oportunidad de asistir a sesiones de relajación sola y acompañada de otras chicas.

T. —No pongas esa cara. Ya sé que ahora te resulta difícil relacionarte con los demás.

P. —Difícil no; imposible. Vaya, ¡que no quiero! Sólo de pensar en conocer gente nueva, me pongo mala. Si ni siquiera soy capaz de hablar con Claudia. Y eso que es mi mejor amiga...

¡Claudia! Marta se preguntó cuánto tiempo hacía que no mantenía una conversación apasionada y llena de complicidad con su amiga. No lo sabía.

Recordaba, eso sí, el último intento de Claudia por saber qué le estaba pasando. Había llamado una vez:

—Chica, ¿qué tienes? Porque... hace días que no te veo por el instituto y no sé nada de ti. ¿Estás enferma?

Marta la odió. Ostras, ¿no podía dejarla en paz? En su casa no sabían nada de las pellas del instituto. Les había dicho que tenían la semana blanca, que muchos compañeros la habían aprovechado para ir a esquiar, y que los que no tenían pasta o interés en hacerlo se quedaban en casa estudiando. Como ella. A los padres no les había sorprendido: andaban justos de dinero y no se lo podían permitir; además, Marta siempre se había dedicado al estudio intensamente.

A ver si ahora acababan por saber la verdad, por culpa de Claudia y por la costumbre de su madre de alargar la oreja para tenerlo todo controlado.

Bajó la voz para decirle:

—No, no me pasa nada. Tengo la gripe y se acabó.

Le habría gustado que el «y se acabó» fuese suficiente, pero no. Claudia insistió:

—¿Quieres que vaya a llevarte los apuntes?

Marta con los pelos de punta y su madre trajinando al lado del teléfono:

—No, no me hace falta —en un tono medio histérico.
Su madre al acecho.

Ella disimulando:

—Te llamaré más tarde, que ahora estaba acabando el trabajo de naturales.

Y Claudia:

—Hija, no te entiendo.

—Bien, pues eso, hasta luego.

Colgó y se escurrió entre el gesto interrogativo de su madre.

Y llamó, una segunda vez, al día siguiente. Marta había instruido ya a los gemelos por si volvía a pasar:

—Cogéis el teléfono antes que papá y mamá, y si es Claudia, no estoy.

—Pero sí que estás... —Lógica aplastante de mocosos de siete años.

—Pero es como si no estuviese, y se acabó.

Pero sus «y se acabó» tampoco funcionaban con los gemelos:

—Si te estamos viendo...

—Bueno, pues haced como si fuese invisible, ¿de acuerdo?

«No», dijeron los ojos verdes y grandes de Roberto y de Alberto. Ella intentó contemporizar:

—Oye, ¿no os ha pasado alguna vez que os habéis enfadado con algún amigo y no habéis querido hablar con él?

«Sí», asintieron, comprensivos, los gemelos. Si sabrían ellos de peleas... Eran especialistas.

—No está —le contestó Roberto a Claudia, bajito para que no lo oyeran los padres.

Y aún una tercera vez que lo intentó, obtuvo la misma respuesta de Alberto.

—Bueno, ya llamará ella cuando le dé la gana —concluyó enfadada Claudia, dando por terminada su actividad redentora acerca de lo que le pasase a su amiga.

Y es que Marta sentía que el alma le quemaba y por eso no soportaba el contacto con nadie. Prefería que todo sucediese lo más lejos posible de ella porque no tenía fuerzas para hacer frente a nada.

T. —Ya sé que últimamente te has aislado. Es una consecuencia más de tu enfermedad. Pero no te atormentes ahora dándole vueltas a ese pensamiento. No te ayuda nada; sólo contribuye a que tu ansiedad aumente. De manera que, ya lo sabes, controla el pensamiento.

P. —Sí, claro; para ti es fácil, sólo tienes que decirlo. En cambio, yo tengo que hacerlo.

T. —Cuestión de práctica, como todo en la vida. Cuanto más practicas una cosa, mejor te sale y más fácil es volver a hacerlo. Entrena sin parar, como cuando preparas una jugada de balonmano.

P. —Cuando hablo contigo todo parece tirado, pero en casa, sola, me agobio.

T. —Por lo menos has dejado de llorar. ¿Quieres explicarme por qué lo hacías?

T. —¿Era por Ricky?

T. —¿Era por tu familia?

¿Su familia? ¡Ay, su familia! Pobre gente, los había jorobado bien con su maldita enfermedad. Ahora que el ambiente de casa volvía a ser como una balsa de aceite, venía ella y lo estropeaba todo con aquella cosa extraña que le pasaba.

Porque ahora sus padres volvían a ser los de antes del Conflicto A... ¡No! Mejor que antes del Conflicto A, más conchabados, más acaramelados. Pero mientras duró el Conflicto A (el Conflicto B era ella, claro), parecía que la familia estaba a punto de irse a pique.

Marta recordaba muy bien el momento en que comenzaron los malos humores entre sus padres o, por lo menos, la noche en que notó que la relación entre ellos ya no era como antes —como si un río invisible los separase—, porque los silencios se habían hecho muy frecuentes y cada vez parecían más largos —como si el río se ensanchara día a día y les costase más ir de una orilla a otra—. Ella y los gemelos intentaban nadar entre las dos orillas para ponerlos en contacto, pero todo era inútil. El padre, cabizbajo, como si leyese un periódico que sólo él veía; la madre, cabizbaja, como si repasase mentalmente el trabajo del día siguiente. Los dos, encerrados en dos vitrinas simétricas y transparentes, estaban incomunicados. Fue-
ra, Marta y los gemelos (aunque los mocosos parecían no darse cuenta), también.

Aquella tarde que marcaba un punto de inflexión en la vida familiar, Marta había llegado a casa alrededor de las seis. Lo recordaba muy bien porque solía llegar más tarde, pero una lesión en el aductor de la pierna derecha le había impedido ir al entrenamiento. Su padre ya había llegado, como de costumbre. Su madre todavía tardaría un rato en

volver del despacho. Los gemelos, repantigados en el sofá, hipnotizados con los dibujos animados de la tele, a su «hola *Ertos* ¿cómo va la vida?» (y ni tan siquiera se molestaron por que los llamase con el mote con el que los hacían rabiar en la escuela: Alberto y Roberto, o sea, los Ertos), contestaron:

—*Pum, pum*, ¡se lo han cargado!

—Desde luego, muerto del todo.

Marta se acercó a su padre, que trabajaba en la mesa del comedor, tan concentrado en la tarea que no se había dado cuenta de su presencia.

—¿Qué haces? —le preguntó mientras acariciaba la cabeza de *Atila*, que dormitaba enroscado sobre el sofá. *Atila* permaneció inmóvil y con los ojos cerrados, pero emitió un suave gruñido.

Era una pregunta inútil porque estaba claro que se dedicaba a su actividad preferida: ordenar la colección de sellos. Pero la hizo porque era una manera de decirle: «Eh, ¡que estoy aquí! ¿Me haces un poco de caso?».

Su padre le respondió lacónicamente:

—Ya ves... —Y le clavó una mirada rápida.

Era el estilo de respuestas que solía dar. Y eso no era una novedad de los últimos tiempos, pero sí que este rasgo de su carácter se le había acentuado más y se había hecho más frecuente. La verdad era que siempre había sido así, al menos con los de casa: poco hablador (quizá porque la madre hablaba por los dos), poco simpático (en cambio, con la gente de fuera, sí que lo era), en definitiva, poco enrollado, parecía un mueble. Como si fuese de corcho. Estaba más bien abstraído en sus cosas y no parecía muy interesado en el mundo doméstico. Marta creía que le apa-

sionaba más la última edición de sellos de Tanzania que ayudar a elegir un sofá nuevo para casa.

Marta lo dejó a su bola. Era mejor no insistir más, al fin y al cabo ya le había arrancado una frase; una conversación habría sido demasiado para él.

Le lanzó una última mirada antes de encerrarse en la habitación. Miró su cabeza —de cabellos castaños y finos que ya clareaban bastante y permitían adivinar que no tardaría mucho en mostrar una franca calvicie—, inclinada sobre el álbum en el que, pacientemente, con unas pinzas, iba colocando los sellos nuevos. Las gafas le resbalaban por la nariz y, con un breve gesto, las hacía retroceder de nuevo. El bigote, que comenzaba a blanquear, se le movía al compás de los labios, que tarareaban una canción. No era un hombre malhumorado (por lo menos no lo había sido hasta entonces; con el Conflicto A comenzó a volverse agrio), era simplemente un hombre corcho.

Marta cerró la puerta de su habitación, pequeña, pero no tanto como la de sus padres, donde el mobiliario se reducía a la cama de matrimonio y un armario esmirriado. Dejó en el suelo la mochila cargada de libros y apuntes, y se echó en la cama a leer un rato. Tenía que estudiar, pero pensó que lo haría más tarde y se zambulló en una novela de Marsé, *Un día volveré*.

Apenas había avanzado algo en la historia cuando los gemelos irrumpieron en la habitación con gritos de comanches perseguidos por el séptimo de caballería. De un salto se acomodaron sobre la barriga de su hermana, que tenía que protegerlos del enemigo.

—Nos quieren capturar —le explicaron bajito para que no los oyese el capitán azul.